

## I. EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El misterio de la Santísima Trinidad no consiste en números. Es el misterio de un Dios viviente y personal, cuya infinita riqueza se nos escapa, nos desborda por completo. Por eso, el único guía que nos introduce eficazmente en ese misterio y nos lo ilumina es el Espíritu Santo, que *«ha sido derramado en nuestros corazones»*. Él es quien nos conduce a la verdad plena del conocimiento y trato familiar con Cristo y con el Padre. Él es el que, viniendo en ayuda de nuestra debilidad, *«intercede por nosotros con gemidos inefables»*, pues *«no sabemos orar como conviene»*.

El misterio central de la fe nos sitúa ante el único que nos basta: Dios. Tal como Él ha querido revelarse en su Hijo. Toda la liturgia, la oración y la vida del cristiano gira en torno de Dios que es Uno en la Trinidad.

Dios no nos puede resultar extraño. Por el bautismo estamos familiarizados y connaturalizados con el misterio de la Trinidad, pues hemos sido bautizados precisamente *«en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»*. Tenemos la capacidad de relacionarnos con las Personas divinas. Más aún, tenemos el impulso y hasta la necesidad. Para eso hemos sido creados. Vivimos en Cristo, hemos sido hechos hijos del Padre, somos templo del Espíritu. No, no somos extraños ni forasteros, sino *«conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios»*.

Con este misterio de la Trinidad, entramos en comunión sobre todo por la Eucaristía. En ella nos hacemos una sola cosa con Cristo. En ella Cristo derrama sobre nosotros su Espíritu. En ella nos hacemos más hijos del Padre al recibir al Hijo en la comunión y al acoger al Espíritu que nos hace clamar *«Abba, Padre»*. En la Eucaristía tocamos el misterio y participamos de él. Y el misterio nos transforma.

## II. LA FE DE LA IGLESIA

### **El dogma de la Santísima Trinidad**

El misterio de la Santísima Trinidad es el **misterio central** de la fe y de la vida cristiana. Sólo Dios puede darnoslo a conocer revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este misterio ha sido **revelado** por Jesucristo, y es la fuente de todos los demás misterios.

Dios ha dejado huellas de su ser trinitario en la creación y en el Antiguo Testamento, pero la intimidad de su ser como Trinidad Santa constituye un misterio **inaccesible a la sola razón** humana e incluso a la fe de Israel, antes de la Encarnación del Hijo de Dios y del envío del Espíritu Santo.

La **Encarnación** del Hijo de Dios **revela** que Dios es el Padre eterno, y que el Hijo es consubstancial al Padre, es decir, que es en Él y con Él el mismo y único Dios.

La **misión del Espíritu Santo**, enviado por el Padre en nombre del Hijo y por el Hijo «*de junto al Padre*», **revela** que Él es con ellos el mismo Dios único: "Con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria".

La Iglesia expresa su **fe trinitaria** confesando **un solo Dios en tres Personas**: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las tres divinas Personas son un solo Dios porque cada una de ellas es idéntica a la plenitud de la **única e indivisible naturaleza divina**. Las tres son **realmente distintas entre sí, por sus relaciones** recíprocas: el Padre **engendra** al Hijo, el Hijo es **engendrado** por el Padre, el Espíritu Santo **procede** del Padre y del Hijo.

La **Trinidad es una**. No confesamos tres dioses sino **un solo Dios en tres personas**: "la Trinidad consubstancial". Las personas divinas **no se reparten la única divinidad**, sino que **cada una de ellas es enteramente Dios**: El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, **un solo Dios por naturaleza**. Cada una de las tres personas es esta realidad, es decir, la **substancia**, la **esencia** o la **naturaleza** divina.

Las **personas divinas son realmente distintas** entre sí. "Dios es único pero no solitario". "Padre", "Hijo", "Espíritu Santo" **no son simplemente nombres que designan modalidades** del ser divino, pues **son realmente distintos entre sí**: El que es el Hijo no es el Padre, y el que es el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo el que es el Padre o el Hijo. Son **distintos entre sí por sus relaciones de origen**: El **Padre** es quien engendra, el **Hijo** quien es engendrado, y el **Espíritu Santo** es quien procede. La Unidad divina es Trina.

Las **personas divinas son relativas unas a otras**. La **distinción real** de las personas entre sí, porque no divide la unidad divina, reside únicamente en las **relaciones que las refieren unas a otras**: En los nombres relativos de las personas, el Padre es referido al Hijo, el Hijo lo es al Padre, el Espíritu Santo lo es a los dos; sin embargo, cuando se habla de estas tres personas considerando las relaciones se cree en **una sola naturaleza o substancia**. En efecto, **todo es uno en ellos donde no existe oposición de relación**. A causa de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo.

La fe católica es esta: que veneremos **un Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas, ni separando las substancias**; una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo una es la divinidad, igual la gloria, coeterna la majestad.

Las personas divinas, **inseparables en su ser**, son **también inseparables en su obrar**. Pero en la única operación divina **cada una manifiesta lo que le es propio** en la Trinidad, sobre todo en las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo.

## Las obras divinas y las misiones trinitarias

Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso. Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. **Dios quiere comunicar libremente la gloria** de su vida bienaventurada. Tal es el *designio benevolente* que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, *«predestinándonos a la adopción filial en Él»*, es decir, *«a reproducir la imagen de su Hijo»* gracias al *«Espíritu de adopción filial»*. Este designio es una *«gracia dada antes de todos los siglos»*, nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la **creación**, en toda la historia de la **salvación** después de la caída, en las **misiones del Hijo y del Espíritu**, cuya prolongación es la misión de la **Iglesia**.

Toda la **economía divina** (el designio benevolente, libre y amoroso, concebido por Dios antes de la creación del mundo) es la **obra común de las tres Personas divinas**. Porque la Trinidad, del mismo modo que tiene **una sola y misma naturaleza**, así también tiene **una sola y misma operación** (la naturaleza es el principio de operaciones). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo **no son tres principios** de las criaturas, sino **un solo principio**. Sin embargo, **cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal**. Así la Iglesia confiesa, siguiendo al Nuevo Testamento: uno es Dios y Padre de quien proceden todas las cosas, uno solo el Señor Jesucristo por el cual son todas las cosas, y uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas. Son, sobre todo, **las misiones divinas** de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo las que **manifiestan las propiedades de las Personas** divinas.

Toda la **economía divina**, obra a la vez común y personal, **da a conocer la propiedad de las Personas divinas y su naturaleza única**. Así, toda la **vida cristiana es comunión con cada una de las Personas divinas, sin separarlas** de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae y el Espíritu lo mueve.

El **fin último** de toda la economía divina es la **entrada de las criaturas en la unidad perfecta** de la Bienaventurada Trinidad. Pero **desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad**: *«Si alguno me ama – dice el Señor– guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él»*.

Por la gracia del **bautismo** *«en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»* somos llamados a participar en la vida de la Bienaventurada Trinidad, aquí abajo en la oscuridad de la **fe** y, después de la muerte, en la **luz eterna**.

P. Antonio Diufaín Mora. Sacerdote de la Diócesis de Cádiz y Ceuta.  
Misionero en la Prelatura de Moyobamba (Perú).